

YRUPÉ

ein belastbarer baum



GUILLERMO
GUGLIOTTI
TOMO I DE VIII

Nada en la vida debe ser temido, sino comprendido.
Éste es el momento, de comprender más, para que podamos temer menos.

____ **Marie Salomea Skłodowska Curie**



Foto de tapa: Jacques Lanciault (2016)

Escultura: La flor del Irupé – Luis Perloti (1939)

a Ara
a Dani
a Juan
a Juan
a Leo
a Lucas
a Martín

Desconfianza del mínimo esfuerzo

La historia de Yrupé me llegó como un rayo, hace como 12 años. Tomó forma de cuento y se acomodó en algún lugar, a esperar.

Poco a poco dejó de ser semilla y fue tomando cuerpo (tronco, estructura), hasta saberse novela. Proyecto de novela, que hace aproximadamente dos años empezó a sacar raíces y tallos en mí.

Así, el proyecto Yrupé promete 8 tomos, de los cuales este es apenas el primero. Lo hice con mucho amor y no sin esfuerzo: regando, cuidando y acompañando su crecimiento, no siempre en clima favorable.

Leer estas páginas no será cómodo. No será apenas un paseo placentero. Requerirá mucho de paciencia, y requerirá todavía mucho más de acción. De apropiárselo, de sentirse parte al leerlo, al valorarlo, al girarlo, al compartirlo, al construirlo y al hacerlo circular.

Y nada es casual en ese círculo al que refiero, en este ciclo que hoy se abre, y que tiene alma en doble espiral. Que ya desde ahora nos busca e invita a viajar en su aventura espejada, para afuera y hacia adentro.

Un poco, en la confianza de seguir ese instinto milenario que nos lleva a algún lugar. Otro poco, para combatir esa inercia cotidiana que nos requiere crecer, en silencio, sin siquiera desconfiar.

1. 1912 – LUIS

De todo lo que les estoy por contar, estoy seguro que la primera imagen que quiero que armen en su cabeza, es la de Luis llorando. Luis tiene casi 21 años, y está sentado en un banco, en una gran sala. Junto a él, su primera escultura terminada, modelada en yeso. Es la cabeza de un niño.

Está en el salón de Bellas Artes, bastante lejos de su casa, y, afuera, ya está oscureciendo. A su lado, de pie, se encuentra Lucio, su ex maestro en la sociedad de estímulo para jóvenes artistas de la ciudad de buenos aires, actual director de Bellas Artes. Lucio le lleva casi 40 años a ese joven que lo interpeló ahí, entre angustiado y conmocionado, a mitad de un pasillo, con su primer trabajo escultórico entre manos.

Es la cabeza de un niño – de un adolescente en realidad – le había explicado en su momento. Estuvo días enteros, deshaciendo y rehaciendo, salteándose la comida, completamente despabilado y ansioso. Se fue sentando frente a distintos jóvenes modelos, voluntarios que iba tomando de las veredas de su barrio, mientras buscaba ese gesto que se le había presentado como una revelación: el espíritu de una resistencia, de cierta contraofensiva, el rebelde y justo y hasta natural desafío de la juventud hacia la vida misma, tan cruel y despiadada por esos tiempos. Y fue tras entregarlo directamente en las manos de su maestro, que recibió como respuesta un certificado de aceptación para ser expuesto allí mismo, en el salón nacional de Bellas Artes. Razón por la cual estaba nuevamente ahí, aturdido, pidiéndole que cancelara la misiva y desestimara su pequeña obra.

Luis nació humilde. Hijo de un zapatero y una modista, ambos inmigrantes italianos. Vivían todos en una vieja casa quinta, la misma en la que Luis había nacido en 1890, sobre la calle Moreno, en unas

afueras de la ciudad que ya casi habían dejado de serlo. En el mismo terreno vivía su familia y la de su tío. Era un barrio alegre y florecido de trabajadores inmigrantes. Pero su madre murió cuando tenía apenas 9 años, dejando a su padre devastado, con cinco hijos que alimentar. Por eso, de muy chico, él y su único hermano varón, conocieron el trabajo a la par que la escuela. Empezó abriendo y cerrando la puerta del horno en una cristalería, pasó por una embotelladora, una fábrica de naipes, una zapatería. Hasta que se enamoró poco a poco de la talla de la madera, al ver a su propio padre trabajarla. Y fue este mismo, con paciencia y amor, el que le enseñó a su hijo los primeros pasos en el oficio y le consiguió empleo con un ebanista.

Más allá del apoyo incondicional de su padre y sus hermanos, Luis se forjó a sí mismo. Inquieto, apasionado por aprender más, por cultivar su deseo, iba del colegio al trabajo, del trabajo a la biblioteca – una biblioteca popular, situada en la calle México, fundada por Juan B. Justo, para trabajadores obreros – de la biblioteca a su cuarto, donde intentaba una y otra vez darle forma a algún rostro, a algún paisaje. En la biblioteca conoció, además de textos de arte, literatura y, también, compromiso social, de la existencia de cursos nocturnos de dibujo, gratuitos, en una sociedad italiana llamada Unione y Benevolenza. Y allí acudió sin pensarlo. Y una vez terminado el curso completo, aun después de haber tenido que dejar el colegio para sumar horas de trabajo por ayudar a su familia, se presentó, con la pila de todas sus hojas dibujadas y los ojos plenos de energía, en el escritorio de la asociación de estímulo de bellas artes, dispuesto a aplicar como estudiante.

La asociación, la biblioteca, la sociedad italiana, fueron sus escuelas, sus refugios, sus segundos hogares. Porque estaban pensadas así, como generadoras de arte y cultura desde y para las nuevas generaciones, pero haciendo hincapié en que las nuevas generaciones no están solo compuestas de clases medias y altas pudientes.

Entendiendo, que entre los humildes y los trabajadores hay infinitas voces que necesitan ser escuchadas, cultivadas y amplificadas. Y que no hay nada que tenga más valor que eso, que por consiguiente, no puede ni debe tener precio.

Luis le hizo honor a esa oportunidad durante toda su adolescencia. No hubo jornada de descanso, ni vacaciones, ni dudas. Desde el primer segundo del día hasta caer rendido en la noche, le daba rienda suelta al fuego voraz de su entusiasmo.

Tranquilo – fue la primera palabra que le salió a Lucio, al ver a su ex alumno en ese estado. Luis lloraba en silencio, con los ojos rojos inundados, desbordando por sus mejillas y sus manos. Los codos en las rodillas. Los dedos, por momentos, presionando los párpados.

Gracias – alcanzó a contestar, después de un silencio extenso, reflexivo. – Muchas gracias, Señor. Pero no es... lo que quiero – reiteró mientras escurría su nariz y secaba su cara con el antebrazo.

Todo estaba quieto, incluso tenso. Retumbaba su respiración en las vitrinas de cristal, en los oleos, en las esculturas que los contemplaban. Aun así no sentía ninguna extrañeza de estar ahí, a esa hora – y en ese estado–, con el Director de Bellas Artes, su ex docente, razonando de igual a igual, a pesar de la diferencia de edad.

Lucio agarró la pequeña estatua y se sentó junto a él. Sus movimientos hicieron ruidos lentos, tenues, hasta que se quedó observando la obra fijamente a los ojos. Tenía un gesto vivo, que desafiaba al observador. Lucio era ya un reconocido escultor, que como segunda vocación ejercía apasionadamente la docencia. Había viajado por Europa, y se había formado en la real academia de Bellas Artes de Florencia, gracias a una beca otorgada durante la presidencia de Sarmiento. Había hecho innumerables viajes por el interior del país, y había sentido incontables veces el impulso, la emoción de necesitar

retratar un instante, de retener y resaltar un momento fugaz, congelándolo en el tiempo.

Fue paciente, demorando su palabra al momento justo, hasta que por fin lo escucho decir: - ¿Cómo hago para que no sea solo, una cabeza de niño?

-Tú ya hiciste lo tuyo. Hasta una simple palabra puede tener, en su tono, la fuerza de una gran obra. Pero dependerá de la persona que se sienta interpelada por ella, de la tensión y la atención presentes en ese momento exacto de su vida y de la capacidad espiritual con que cuente, para amalgamar su sentido con el resto de los símbolos que conforman su conciencia, su esencia y, por consiguiente, su identidad. Tú, que la has creado, ya has hecho suficiente, lo más importante, de hecho. La obra existe. ¿Qué más buscas?

- No lo sé... Transformar...

- ¿Transformar qué?

Algunos años antes, forjada su experiencia en ese oficio, Luis llegó a involucrarse en el sindicato de Tallistas para luchar por los derechos de los trabajadores – por ejemplo por su salario, menor que el de sus compañeros con iguales tareas, por el solo hecho de ser más joven – hasta participar en la huelga realizada por todos los talleres de ebanistería de la ciudad. Su historia de vida, por su propio peso, lo llevó por el camino de la solidaridad, del compromiso con la igualdad y con el otro. Pasados los quince años sus únicos intereses eran ayudar a su familia, involucrarse en los problemas de su trabajo y su interminable sed de dominar la técnica, su impostergable necesidad de crear y recrear cada vez más fiel a su inspiración. Aunque también, esto último, lo sintiera como un camino incierto. Permanente en sus pensamientos, en sus sentimientos y en sus acciones, pero aun así sin un horizonte claro.

Con todo esto, con la valentía de quien sigue firme una intuición que no puede explicar, Luis ya había retomado el colegio para terminarlo, y así, poder presentarse finalmente al examen de ingreso a la academia de Bellas Artes.

Claro que todo cambió cuando tras un acto casual, en el que fortuitamente acudió a ayudar a una nena de su barrio que se estaba ahogando con algo como una moneda o un anillo, se vio de repente en el cargo de Dibujante de flora autóctona para la oficina de bosques y yerbales del ministerio de agricultura de la nación. Tarea que le encomendó el director de la entidad, el agradecido padre de la nena, a la que Luis había salvado azarosamente.

Si bien podemos decir que fue la suerte la que determinó su nuevo rumbo, destaquemos que Luis estaba preparado para aprovecharla, y por la formación que había logrado brindarse, llegó rápidamente a destacarse en su nueva actividad. A ser premiado, a ser vislumbrado por su capacidad y su energía. Y fue así como llegó a conocer a Eduardo, un naturalista, médico, escritor y docente de la facultad de ciencias exactas, quien había sido el director del jardín zoológico y acababa de crear el laboratorio de historia natural de la universidad de buenos aires. Eduardo tuvo la grandeza de tratar a Luis como a un par, de escuchar su historia, de acompañarlo en su camino.

En 1909 Luis acababa de dar por fin su examen de nivel, ingresando directamente al tercer año de la carrera de Bellas Artes.

Repaso hasta acá, y veo, o creo que ustedes piensan, que hay muchos datos en esto que son superfluos, irrelevantes. Yo sin embargo los ampliaría. Contaría incluso que por ese tiempo Europa se organizaba para repartirse las porciones de África, y que en México ya se cocinaba la revolución Zapatista. En Buenos Aires, bueno, todo era preparativos para los festejos de los cien años de la primera junta de gobierno. La clase gobernante decoraba con pompas todo lo que daba el aspecto de pueblo, mientras intentaba contener las revueltas

anarquistas. En unos terrenos despojados y destinados a potreros y a hornos de ladrillos, ya se había comenzado a armar distintos espacios públicos – aunque, vaya suspicacia, proyectados con rejas - que llevarían el nombre de Parque centenario.

Lo que sí es a propósito, es que digo Eduardo, y no Eduardo Ladislao Holmberg, primo de Lucio Correa Morales y hermano político de Juan Bautista Ambrosetti. Porque en esto que estoy resumiendo, inventando y exponiéndoles como esta verdad tan a medias – en definitiva, la única que puedo presentarles – me interesa muchísimo más que nos detengamos en lo humano, por llamarlo de alguna manera, que en lo histórico.

Por ejemplo, en esos años Eduardo presenta a Luis con Juan Bautista, etnógrafo, naturalista entrerriano, quien acababa de realizar investigaciones en Jujuy, desenterrando las ruinas de una fortaleza aborigen, lo que hoy llamamos Pucará de Tilcara. A su vez Juan Bautista, a quien ya le habían contado la singular trayectoria de Luis, lo alienta comparándolo con su discípulo, Salvador, quien es hijo de un inmigrante italiano, - como tú – quien ha dejado sus estudios de abogacía y filosofía para entregarse a la arqueología (ha llegado a sugerirme que desenterremos y reconstruyamos El pucará entero), pues siente una curiosidad implacable que lo lleva hacia adelante – como tú – y que tiene, nuevamente como tú, menos de la mitad de la edad que tenemos nosotros.

Cuando aquí dice nosotros, Ambrosetti, se refiere a Eduardo, allí presente, pero también a Juan B. Justo, a José Ingenieros, Joaquín V. González, a Florentino Ameghino, y a otros pares que en esa época tenían la visión de expandir, en mayor o menor medida, ese fuego que llevaban dentro, en las jóvenes llamas que veían encendidas. Y es exactamente eso lo que iba a intentar hacer Lucio en ese momento.

Sin esperar respuesta se puso de pie nuevamente, y pidió a Luis que lo acompañara. Salieron a la calle ya en una noche cerrada y fría. A las pocas cuadras de andar, en silencio, se detuvieron frente a un galpón. Lucio sacó un manojito de llaves, eligió la adecuada, y entraron.

El espacio estaba en penumbras, se adivinaban siluetas negras, cortadas apenas por el temblor de algún farol a gas de la calle, que se filtraba por las rendijas. Pasaron la primera habitación, pasaron la segunda, y al llegar al centro de una tercera habitación, quedaron frente a un gran volumen indescifrable.

Lucio le pidió que lo aguardara un instante y volvió con una silla. La puso frente al objeto presente en la sala y le indicó que se sentara. Al cabo de unos segundos se encendió una luz brillante, que los encegueció por un momento, hasta que apareció una gran tela blanca, cubriendo lo que se adivinaba era una escultura.

- No hace falta que me expliques lo que ves – anunció y descubrió su obra.

Lucio había creado a La cautiva siete años antes. Era una imponente escultura, en bronce, de una india tehuelche sentada, junto a sus dos hijos pequeños y a un perro. La cabeza en alto con la misma mirada desafiante que la Cabeza de niño de Luis, pero con una profunda mueca de tristeza. Lo había inspirado una mujer que había quedado desamparada durante la mal llamada conquista del desierto. Había perdido a sus hijos e hijas mayores, a su pareja y a su gente. Y aun así se erguía estoica, sin doblegarse, en la defensa de todo lo que le quedaba.

-No es que no diga yo que es la cautiva del desamparo y la opresión reinante. Que es el resultado de la incomprensión de lo distinto y de la codicia pura. No es que desmienta una mujer resistiendo la voracidad del hombre. Pero, lo que para mí, es una

cultura entera, la cultura misma hecha carne, presa de otra, que la aprehendió, por miedo de aprenderla.

Mi expectativa mayor, que se irá seguramente conmigo a la tumba, también es que se transforme tu conciencia, que se rompa, que se pliegue sin más hacia la acción, dando rienda al impulso trascendental de una necesidad implícita, inaplazable, que es, la de liberar a la Cautiva.

Más, al mismo tiempo, tengo solo una escultura. Es mi modo y mi elección de invocarlo, de conjurar a que suceda, sin vestigio alguno de imposición, ni reclamo.

Al momento en que transcurría este hecho, alrededor de 1912, Adolf Hitler tenía 22 años, apenas un año más que Luis Perloti. Se había trasladado a Viena tras la muerte de su madre y se había ganado la vida realizando todo tipo de oficios, como cargar equipajes o barrer nieve. Entre ellos, pintar cuadros, fue el que más rédito económico le daba. Adolf estaba intentando eludir el servicio militar, ante el cual, por no poder postergarlo más, se presentó en enero de 1914, obteniendo un certificado de No apto. Aun así, el 28 de julio de ese mismo año, se desato la primera guerra mundial, e inmediatamente se presentó como voluntario. Por algún motivo, tenía un gran entusiasmo.

Sixto terminó ahí su clase, y sin decir más comenzó a juntar sus cosas: algunos papeles sueltos, el libro de Sara Saenz Cavia "El escultor de américa" y una bolsa con frutas. Luego, entre el murmullo de sus alumnos, salió y se perdió en el monte, entre la tierra colorada. Corría el año 1972.

1. 1937 - SIXTO

Vi pasar la muerte por los ojos de mi padre cientos de veces. Pero nunca lo había visto de rodillas.

Las cosas se estaban sucediendo muy rápido. A solo dos años de terminada la guerra del chaco, que fue del 32 al 35, la revolución ya había tenido su apogeo y había sido derrocada. Otra vez se vivían tiempos de incertidumbre en el Paraguay.

En ese momento estábamos lejos, más bien en el monte. Hacía varios meses que nos habíamos instalado ahí. Porque por la revolución febrerista del 36, y siendo él ex soldado, le habían otorgado 8 hectáreas para adquirir, de modo accesible, y eso lo había marcado. Nunca había entendido al estado como algo que le pudiera traer un beneficio real, más allá de las promesas de orgullo por servir a la patria. Así que ahí nos llevó, a mí y a tres de mis hermanos (el mayor, Miguel, ya se había ido), a mi madre y su hermana, dos de mis otros tíos, más siete perros y hasta las gallinas.

Ya desde chico lo admiraba, a mi viejo. Juan José Cabral, se llamaba. Hijo de una correntina y un salteño, que por algún motivo habían ido a parar a Asunción. Era terco y perseverante, y siempre estaba entero. Nunca lo vi fumando o bebiendo de más. Era ocurrente, alegre, y un tanto riguroso cuando se trataba de defender la verdad, o lo justo, mejor dicho. La vez que más lo adoré, fue cuando vino a la escuela, a contarnos de la guerra. Fue bien a finales del 35 yo creo, el país ya se caía a pedazos, por más que hubiéramos ganado esa guerra canalla, como la llamaba él.

Tengo grabada toda la imagen. Pidió permiso, tranquilo, y se sentó en una silla pero al fondo. Todos los otros padres que habían venido a hablar, se habían quedado parados junto al maestro. O sentados de lado sobre el primer escritorio. Solo cuando el maestro le dio la palabra, - el papá de Sixto, que estuvo en la guerra del Chaco -

dijo, y se me infló el pecho -, recién ahí comenzó a contar. Me acuerdo del sonido de todas las cabezas volteando, atentas por primera vez al otro lado del salón.

Ya en el 32 lo habían llamado al frente, cuando recién empezaba la cosa. Cuando se fue, yo tendría 4 años. Al principio fueron los bolivianos que habían invadido el territorio, y el ejército Paraguayo se organizó para repelerlos. Esa era la historia que más o menos contaban los libros. Pero el viejo no, lento y enigmático, comenzó desdoblado un papelito que había llevado, y sus primeras palabras fueron: Royal Dutch Shell – Inglaterra, Standard Oil – Estados Unidos. Lo dijo e hizo una larga pausa, mirándonos a los ojos.

Esa fue la primera vez, de muchas, que lo escuché describir toda la historia, de pe a pa. Meses enteros entre la muerte y la desesperación, en aquel monte inhóspito, seco, ardiente de espinas y serpientes, viendo correr a los indios. Así los llamaba. No les decía soldados, o él enemigo. Nos decía: indios, porque eso eran: quechuas y aymaras casi todos, y hasta algunos guaraníes también. Que no tenían gran noción de armamento, que nunca se habían alejado tanto de su gente o su tierra, y mucho menos entendían las órdenes de un general alemán, que, por cierto, les llegaban varias veces transformadas, porque el tal Hans, que así se llamaba, nunca había pisado siquiera el chaco.

Ellos hablaban sus dialectos, escondían tras el miedo sus voluntades verdaderas, y se morían, así, divididos, sin entender. Eso es lo que yo viví - concluía.

Ahora que lo pienso, nunca nos mencionaba a nosotros, como paraguayos, digo. Hablaba del gas, y del petróleo y de la manipulación extranjera. E insistía en cómo Bolivia había sido arrastrada una vez más a la guerra... en poco más de 50 años... después de perder su salida al mar en la guerra del pacífico, con Chile, y de disputar en vano la zona del Acre, por el caucho y el oro, contra Brasil. Y ahora esto. Destruídos

en la guerra del chaco por un ejército tres veces más chico. Sangre por todos lados, en un desierto de horror. Pobres contra pobres, en una guerra de otros. ¿Y para ganar qué? - nos preguntaba - ¿Qué ganamos? ... Ahí sí, se refería a nosotros.

Él estuvo ausente toda la guerra, pero nos tenía bien dicho a sus hijos que nos enseñemos entre nosotros cuando no hubiera escuela y siempre que podamos. Y así fue. A mí me enseñaron a leer mis hermanos mayores, sobre todo Miguel, y mi madre, que algo sabía. Había una pequeña biblioteca en la casa, de 8 o 10 libros. Ya en ese entonces vivíamos un poco retirados de la ciudad. Y fuera de potrear por los baldíos y pasar las tardes con algún que otro juguete hecho a madera, no tenía mucho más para hacer. Más estando mis hermanos en la escuela y mi mamá tan atareada, como siempre. A mí me gustaba dibujar, mucho, y colgarme de los árboles. Pero fuera de eso, me la pasaba horas tratando de descifrar, con o sin ayuda, las palabras de esos pocos volúmenes.

De ahí que se sorprendió, mi viejo, cuando por fin volvió y me vio leyendo, con 7 años apenas. Me acuerdo que fueron varios días, desde que llegó (después de los festejos y la emoción del reencuentro), en los que estaba como ido, lejano. Siempre parecía disfrutar que le leyera. Alguna palabra. Una oración entrecortada, como sea. Y me escuchaba, sí, pero lo mismo parecía también quedarse como reviviendo imágenes, o quizá conteniéndolas, teniéndolas a raya. Con eso, yo creo que pasó bastante más de un año, hasta que me contó lo del Pilcomayo.

Fue de pronto, estaba, como ya era costumbre, pasando el tiempo conmigo. Esta vez ayudándome a leer un mapa y me lo marcó con el dedo. - Este es el río Pilcomayo. Aquí me terminé de convencer de que para ellos, no valemos nada. Para los que mandan, digo. - Me

aclaro, ante la mirada atenta y un tanto desconcertada de ese nene que yo todavía era.

Eso pasó en un momento de la guerra en que ninguno de los dos ejércitos daba para más. – Me dijo. Estábamos espantados de la cantidad de muerte regada por todos lados, de ambos bandos, aguantando en las trincheras a que el tiempo se terminara. Y en eso nos enteramos que en Bolivia había habido un golpe de estado, se había caído el gobierno. Entonces sin darles respiro, ahí mismo nos mandaron por la zona de El Carmen, a dar el toque final. Más de 12.000 hombres había, desconcertados, rajándose para donde podían. Sin ningún sentido. Iban en círculo, volvían. Hasta que un grupo grande fue a parar contra el Pilcomayo, hasta donde nos hicieron seguirlos. Ahí lo vi a mi teniente disparar al aire, riéndose, el muy sorete. Solo para asustarlos más, cosa que no hacía falta, porque el pavor que tenía esa gente se veía a la legua. Huían en tropel, como animales desbocados a los que se traga el río. Así, sin esfuerzo. Más de doscientos fusiles abandonados junté esa tarde, mientras un manto de cuerpos inertes, vacíos, iba cubriendo el agua.

Esa historia nunca se la escuche frente a otra gente, y menos frente a mama. Quizá la compartió a mis hermanos mayores. Pero lo que yo recuerdo, es que cuando quería que le prestara atención, en medio de algún barullo o entredicho subido de tono, usaba la frase “A río revuelto.”, y con eso terminaba el tema. Y era como una advertencia directa para mí. Un resumen perfecto de la historia, para que me despabile, mire a mí alrededor y piense con claridad. Un código importante entre los dos, que ya no me pude olvidar.

Esa tarde se apareció con un diario, cosa que pasaba cada tanto. Se los traían los amigos viajantes, que venían de la capital. El sol comenzaba a apretar y lo vi irse junto a un lapacho, en la parte posterior de la casa, a leerlo. Pero a mitad de camino se paró, quedo

tieso, súbitamente. Yo lo miraba desde el corral de las gallinas, lo tenía de costado, por eso él no me veía. Su cara se transformó en segundos, una expresión de dolor seco, paralizado. Y ahí nomás cayó al suelo, de rodillas, tomándose el rostro, dejando caer desprolijamente las hojas.

Cuando fui a ayudarlo, se levantó despacio, siempre en silencio. Miraba la nada, esquivando mis ojos con los suyos ya húmedos. Dudo, mientras me aferraba fuerte el antebrazo, como abrazándome. Hasta que palmeo mi mano, y avanzó para entrar a la casa.

No atiné a seguirlo. Levanté en seguida el diario y lo revisé, aturdido, sin entender.

Cuando comenzaron a llegar los soldados de regreso, para agosto del 35, el clima era de algarabía, pero también de desconcierto. Años de pesadilla coronados con la grotesca foto de Puesto Merino, donde los dos generales firmaban la paz, como si nada. Habíamos ganado en el lejano chaco, decían. Sí, pero en el Paraguay de aquí, la realidad era otra. Menos de un millón de habitantes y no había trabajo para nadie. Las industrias seguían cerrando y el estado liberal-oligárquico, instalado desde hace años, ya no podía ocultar su crisis. No teníamos ni para comer, la escuchábamos entre llantos a mi mamá, mientras mi padre la contenía. Poco a poco, en las calles se veían pasar más a los grupos de obreros, o de estudiantes, o ex soldados. En el aire se respiraba que todo estaba por explotar.

Ahí recuerdo que escuché por primera vez la palabra PCP. De boca de Miguel fue, que ya tenía dieciocho años. Por las noches lo escuchaba discutir a él y a mi viejo: que los excombatientes esto, que los del partido comunista lo otro. Que el general Franco era fascista, que ¿Como un fascista propondría una reforma agraria? Que el nacionalismo es amor a la patria. Que la patria creen ser solo ellos. Que hay que saber de qué lado está uno, y no ser cobarde. Yo los

miraba asustado, aturdido, sobre todo porque los dos parecían tener razón.

Cuando mi hermano se fue de casa, estaba ya muy involucrado con la resistencia al nuevo gobierno de la revolución Febrerista. Por más que ya se había anunciado la jornada de 8 horas, con aguinaldo y descanso los domingos. Estaba creado además el departamento nacional del trabajo. Eso se veía. Empezaba a haber trabajo y algo de aire. Incluso se reivindicaba a Solano López como héroe nacional, impensado, decía mi papa. Y en eso estábamos cuando apareció en la lista como seleccionado para la licitación, por 8 de las hectáreas que ofrecía el gobierno, a pagar en cuotas mínimas. Fue tremendo, inexplicable. Lo contradictorio de la situación, digo. Mis padres eufóricos, toda la familia, felices, y mi hermano dando un portazo. Y eso fue todo. Desde la mudanza y durante toda la adaptación a la nueva vida, la ausencia de mi hermano era un tema del que no se hablaría más.

Estábamos felices, sí. Teníamos nuestra propia tierra, nuestra casa, pero en contraposición, se veía que el ambiente general no mejoraba. De hecho, con el pasar de unos pocos meses se pondría mucho peor. Un gobierno que parecía estar de nuestro lado, como decía mi viejo, comenzó a ir en la dirección opuesta, sin justificación aparente.

Comenzaron las huelgas y en seguida se cerró la central de trabajadores, y ser comunista se volvió ilegal. Comenzó la represión a estudiantes, las persecuciones a los otros partidos. Y, como te digo, en menos de dos años estábamos otra vez en el mismo punto de partida. Porque otra vez con una revolución, aunque ahora sin tiros, los militares sacaron al general Franco y volvieron a poner a los liberales en el poder. Otra vez la oligarquía gobernando contra el pueblo. Y nosotros como en el medio, en nuestro oasis, viendo como todo alrededor se nublaba.

Los que siguieron fueron meses tristes, y difíciles. Quedamos más bien aislados en la vida del monte, a la que faltaba mucho para que pudiéramos acostumbrarnos. De Miguel no supimos mucho más, más allá de alguna carta que le hacía llegar a mi mamá - y que ella me compartió a escondidas - Las escribía desde Argentina, o de alguna asamblea de la federación juvenil comunista, quien sabe en dónde. Ahí nos contaba un poco de él, o más bien lo que estaba haciendo. No sabíamos de qué vivía o donde, pero citaba mucho a un tal Félix, líder de su agrupación, y decía que nos extrañaba y que volvería cuando vencieran.

Estaba seguro de que vencerían.

En el '36 ya se había desatado la guerra civil española, y Alemania e Italia apoyaron a Franco. Al Franco de España, no al paraguayo. Me acuerdo que me costó mucho en ese momento entender esas historias en paralelo y esas diferencias. No entendía qué era el Fascismo. O lo había escuchado sí, en frases de discusiones, pero ignoraba por completo de lo que se trataba en realidad. Para mí era lo mismo que Nacionalismo, o algo así. Supongo que bastante tenía ya, decidiendo si estaba de acuerdo con mi papá o con mi hermano en las cuestiones propias - que ya de por sí eran indescifrables para mí - como para terminar de comprender eso.

Pero lo que sí me acuerdo que me ayudó a juntar un poco todo, fue un cuadro. Una pintura. Guernica, era el nombre. Lo vi por primera vez en un diario. Una foto poco nítida, que no llegué a entender. Y por eso recurrí, como siempre, a mi viejo, para que me la explicara. El me leyó la página entera, y me fue envolviendo en el relato, donde resonaba la palabra Bombas, las palabras Objetivo militar, las palabras Blancos civiles, la palabra Imperio, la palabra Hitler.

Y luego: Picasso – chasqueó los dedos para hacerme volver en mí -, así se llama el pintor, recuérdalo, si te esfuerzas, un día llagarás a tener su talento – terminó, sonriendo.

Apareció Félix Agüero - decía el encabezado. El joven dirigente de la FJC, con diecinueve años de edad, fue hallado muerto. El mismo había sido secuestrado, junto a otros tres jóvenes aun no identificados, el 27 de septiembre último y fue hoy encontrado flotando, atado de pies y manos, en el río Paraguay.

Recuerdo esta imagen, de la última vez que lo fui a ver. El sol quemaba en lo alto y él estaba solo en el monte, azada en mano. 90.000 muertos – repetía, mi papá. Como remarcándose, reprochándose a sí mismo. Hablaba solo, abiertamente, mientras trabajaba la tierra. Insistiendo, a destiempo, en alguna respuesta alguna vez retrucada a Miguel. Por eso ahora cultivamos la tierra - le explicaba. Cultivamos la vida, es lo que tenemos que hacer. - Se decía, entre dientes, secándose la frente, tragando impotencia.

¿Cómo se hace para resucitarlo, para devolverlo, de algún modo, a la vida?

1. 1944 - LUNA

Es curioso, bella mía, como el tiempo y las cosas se suceden. Cómo se mezclan con lo cotidiano y se transforman, perdiéndose lentamente, sin que nos percatemos de ello... para luego, volver.

Me hizo acordar la lluvia, ¿sabes? Esta tormenta tan dispersa, tan pegajosa. Tan exactamente igual a la de aquella noche en que nació tu hija. Mi única nieta. Tan callada y hermosa, como tú.

Esa noche fue uno de los últimos desfiles que hicieron, sino el último que yo vi. Me acuerdo vivamente de las botas encastradas en el barro. El agua escurriendo por los trajes, improvisados, de falsos soldados. Algunos iban de negro y marrón, otros más bien de azul. Uniformes desgastados, o tan solo hechos de pantalón y camisa de trabajo. Unos con gorras cosidas a mano. Con grandes esvásticas al centro. Otros, solo con unos trapos negros al cuello o como bandera, o con pañuelos rojos, de brazalete.

Lo que más recuerdo de toda la escena – con la cabeza, porque en ese instante mi corazón estaba contigo -, es el silencio. Es como si lo viviera ahora mismo. Un silencio especial, como profundo, como cuando se está bajo del agua, quiero decir. Envuelto de murmullos indefinidos, difusos. Y de la lluvia. Esa lluvia. El olor pesado y a la vez fresco de esa lluvia. Que caía así, rítmica y en cámara lenta. En dispersos, aislados gotones, que solo se dejaban caer. Que viajaban desde los altos árboles hasta las blancas caras. Serias caras, muy serias. De rostros jóvenes y ya no tanto. Y todas, absolutamente todas, endurecidas por el odio.

Eran unos 300 hombres. Sí, todos hombres, yo creo. Con grandes azadas y machetes en lugar de fusiles. Casi marchando. Avanzando como podían entre las sombras de la noche. Entre el silencio de esa lluvia que envolvía y enmarcaba su lenta procesión. Su casi organizado paso militar, siguiendo el temblar de unas pocas

antorchas. Queriendo entrever - en realidad apenas adivinándolo a cada paso - el rojo camino hacia el corazón de la selva.

Cuando llegamos de Alemania, Kurt y yo y Raimund - que ya tenía 8 años - escapábamos de la guerra. De la miseria que había dejado la guerra, en realidad. Porque se había terminado ya hace algunos años, pero seguía presente en cada cosa. Convivía día a día con nosotros, visible e insoportablemente hiriente. En cada ausencia. En cada falta. En cada carencia.

Era 1923, o 1924, ya no lo sé, pero da igual. Esas cosas son difíciles cuando tienes mi edad, ¿sabes? Este lugar era una selva virgen, que apenas comenzaba a ser tomada por el hombre. Por esos hombres. Unos 4000, decían. Todos inmigrantes. Que todavía estaban improvisando un puerto, pretendiendo conectar el agua corriente y la luz eléctrica. Intentando emplazar un lugar habitable en una hostil e inhóspita tierra. Extranjera tanto de nacionalidad como de hospitalidad.

Y por eso la odiamos.

Odiamos el suelo rojo y a cada insecto, animal y exuberante pedazo de selva. No era lo que esperábamos. Lo que necesitábamos. Lo que nos habían prometido cuando nos embarcamos con ese bastardo, como lo llamó Kurt los primeros años. Nos había descrito una ciudad perfecta. El nuevo paraíso. Una completa fantasía palpable. Y al llegar nos encontramos con ni siquiera un pueblo, ni un caserío, con nada. Eldorado era solo un mito, una utopía imaginada sobre una inmensa extensión de naturaleza virgen. Y el único camino que quedaba - y nos costó bronca, tristeza y resignación llegar a entenderlo - era intentar - decidir- construirlo. Convertirlo en una realidad.

Porque además no había forma de volver. Simplemente, no la había. Seguramente algo también muy bien pensado por Schwelm. Había comprado 67.000 hectáreas de tierra en la otra punta del mundo

y se disponía a crear una colonia. Un nuevo mundo, decía, pero según sus ideales y su visión. Y, según parecía, a cualquier precio.

En 1919 Eldorado ya tenía fecha de fundación y nombre, aunque no construcciones, ni habitantes. Y Schwelm mismo se ocupó de traerlos, según su preferencia. Eligió convocar europeos, alemanes, primeramente - pero también dinamarqueses, suecos, y noruegos - Porque él también lo era, alemán. Aunque nacionalizado inglés. Un judío convertido en católico, nos diría después. Un simple hombre con aspiraciones de transformación, quizá demasiado grandes, pero todavía eran mayores su convicción y su perseverancia. Y así fue que comenzó a hacer publicidad de su proyecto, con sus contactos e influencias de banquero internacional. Supo cómo moverse, distribuir panfletos y notas periodísticas por los países y ciudades de su preferencia. Hasta convencer a cientos y cientos de personas de que eso, que solo existía en su imaginación, ya era real. Que solo había que animarse a vivirlo, a formar parte. Y por eso vendimos y dejamos lo poco que teníamos. Nuestro lugar en el mundo, nuestra pequeña vida. Y nos subimos los tres a ese barco. Con la esperanza de una vida mejor. Un futuro distinto. También para nosotros, pero, sobre todo, para nuestro hijo.

Y después de tanta expectativa e incertidumbre, de tanto desapego y dolor - porque lo que sentíamos era un profundo dolor, una expectativa intranquilizante, que nos duró cada segundo de ese viaje interminable, insoportable - bastó el instante de poner un pie en la tierra colorada, para saber que nada era cierto. Que ese bastardo nos había engañado.

Es así como lo recuerdo. Como lo vivimos. Lo que sentíamos era tristeza, impotencia y odio. Me costó muchos años destruir ese sentimiento. Aprender a amar este lugar. Y es ahí donde entras tú, hermosa Arapy, mi adorada. Por algún motivo ni las primeras cosechas abundantes, ni tener al fin una casa de troncos en vez de una choza de

palmas, ni siquiera ver terminados el puerto y la plaza principal, el dispensario y los colegios, es decir, de comenzar a ver un pueblo en donde solo había selva, logró sacarme esa amargura, ese rencor. Pero sí la mirada de mi hijo cuando me habló de ti.

Nunca supe si Kurt logró entender o aceptar del todo ese amor que Raimund te tenía, y te tiene. Que los unió irremediamente desde el momento en que se encontraron. Para mí, en cambio, fue una revelación. Lo sentí desde el primer segundo, ¿sabes? No sabía absolutamente nada de los guaraníes cuando llegué a este lugar. Nada, ni siquiera su existencia. Pero igualmente todo tomó sentido de inmediato. Y con tu compañía y tu cariño, pude confirmarlo. Quizás no pueda explicarlo o no haya forma de transmitirlo con palabras, no lo sé. Pero comprendí que todo lo que habíamos pasado, y estábamos pasando, se justificaba, se redimía, en cada segundo que ustedes sostenían sus miradas.

Varios años antes de conocerte, vivíamos inmersos en el esfuerzo de levantar este lugar. Recién 8 años después de haber llegado, alrededor del año 31 - lo recuerdo bien porque Raimund estaba ya en su complicada adolescencia - comenzábamos a vivir en una sociedad próspera y organizada. O eso creíamos, en contraposición a la depresión y la miseria que se sabía en Europa. Ya la población se había casi duplicado a la de nuestra llegada. Y seguía arribando. Por el inmenso río Paraná. Barcos y barcos con familias europeas enteras. Con sus muebles y sus cosas, sus pomposos trajes, que de nada le servirían aquí, y hasta sus pianos, ¿sabes? Por esa época Schwelm estaba exultante. Veía por fin su sueño cristalizarse, doce años después de iniciado. Había logrado mantener el flujo de inmigración. Había tenido éxito en la empresa de trasladar a esta otra parte del mundo una pequeña porción de Europa. Y sus habitantes vivían fraternalmente. Compartiendo su cultura y sus costumbres.

Replicando su organización social y hasta económica, pero en un entorno completamente nuevo. Impensado.

Por esa época comenzamos a trabajar la yerba mate. A aprenderla. A sacarle provecho. Hasta inclusive nos organizarnos con otras familias en una cooperativa agrícola. La que nos dio frutos inmediatamente. Sentíamos todos una nueva efervescencia. Se vislumbraba el llegar de buenos tiempos. Hasta Kurt estaba complacido, bella mía. Incluso hizo las paces con Schwelm, lo comenzó a ver de otro modo, ¡a llamarlo Capitán! La vida parecía por fin darnos una tregua. En unos pocos años más, los inmigrantes de Eldorado tendríamos por fin una vida prospera. De confort. Al menos por un tiempo.

Al menos por un tiempo, mi bella, que pronto se nos fue de las manos.

Poco a poco, las personas dejaron de llegar, para dar paso solo a noticias de lo que estaba pasando en Alemania. Y eso, hija mía, fue nublando nuevamente nuestro corazón. Era el odio que recrudecía, pero esta vez desde afuera hacia adentro.

Un inexplicable fanatismo, extremo, por el nacionalismo alemán, fue creciendo velozmente a nuestro alrededor. Y, créeme, es el día de hoy que no puedo comprender el cómo, y mucho menos el porqué. De algún modo la muerte - metida entre las palabras de Hitler - lograba recorrer todos esos kilómetros, hasta impactar en nuestro presente y resonar en nuestra realidad. Quizá no directamente, en un comienzo. Pero si a través de las palabras y las acciones de nuestros vecinos. De nuestros amigos, o los que habían sido nuestros amigos hasta que – primero levemente, día a día, y luego año tras año - ese odio injustificable fue creciendo y distanciándonos. Dividiéndonos por completo.

Y todavía eran ellos los que nos cuestionaban: ¿Cómo siendo alemanes, no los seguimos?

Cuando la segunda guerra mundial estalló, en el 39, nada quedaba de la fraternidad lograda. Eran dos posturas bien marcadas y en disputa. Los fervientes seguidores del nazismo - que eran casi todos los alemanes de Eldorado - y los que estaban en su contra: suizos, noruegos, la mitad de los dinamarqueses y los argentinos. Sí, los argentinos. Que habían llegado en los últimos años. Que en general venían a ocupar cargos públicos, como la justicia, el control y la dirigencia política. Fueron ellos el primer motivo de fractura del clima en que veníamos viviendo. Porque al impensado fanatismo nacionalista alemán, interpusieron el exacerbado fanatismo nacionalista argentino. Con una diferencia sustancial: estábamos en su país. Entonces estábamos atrapados. Acorralados. Para los alemanes estábamos en contra de nuestra naturaleza. Para los argentinos, no dejábamos de ser alemanes. Y ambos bandos no tardaron en comenzar a atentar y recrudecer su violencia contra el oponente.

Desde ese entonces, Schwelm - que abiertamente le decía a Kurt que nos contaba entre los últimos inmigrantes dignos que le quedaban - se sintió él defraudado por sus colonos y se recluyó en su casa. En su mundo interior. En su irreparable desilusión. Dejó su cargo de presidente de la colonia y todas las tareas que realizaba para mantenerla con vida. Se aisló. Por completo, hasta de su familia y de toda la gente que había convencido de venir aquí. Estuvieran del lado que estuvieran.

Kurt - que por todo esto no pudo sentir el placer de tener a tu hija entre sus brazos, mi querida - padeció mucho esta división. Tenía una férrea formación alemana. Añoraba a sus padres y a su patria más que a nada. O a casi nada, mejor dicho. Yo lo sé. Era un hombre huraño y terco, pero su corazón era puro, de eso estoy segura. Y él sabía, sentía, sin necesitar razones, que nada justificaba la brutalidad que vivíamos. Ambos educamos a Raimund en el esfuerzo, la igualdad, el

respeto. Y nada de eso era válido si tomábamos partido en ese absurdo, injusto, cruel enfrentamiento.

Y en ese panorama de opresión, de orfandad en que nos tenían las noticias de la guerra - en Alemania y por todo el mundo - y el odio reinante aquí mismo a nuestro alrededor, en esta tierra hostil que supimos hacer nuestra aunque no lo fuera en realidad, fue que apareciste tú.

Entre los efectos expansivos que seguían avanzando, pasó que muchos alemanes comenzaron a echar a los guaraníes y paraguayos que trabajaban en sus tierras y en sus casas. Como perros, los expulsaron de su realidad. Ya bien tú lo sabes, mi bella. Que por eso llegaste a nuestra puerta. Humilde y valiente. Dispuesta a intentar de todos modos conservar tu lugar en el mundo. Tenías la misma edad de Raimund, unos 28 años. Tenías su misma vitalidad, su misma sensibilidad... Tu eres la que mejor supo que a partir de ahí sobrarían las palabras.

Lo que no se si sabes, mi querida Arapy, es que era impensado en ese momento el nacimiento de un niño guaraní en el dispensario alemán. Casi un año después de tu llegada a compartir nuestra vida - ese año inolvidable en que estuvimos juntos, bella mía - Argentina había roto relaciones con Alemania y todas las instituciones estaban intervenidas o inaccesibles para el enemigo. Y nosotros éramos el enemigo, para ambos bandos. Y llovía, llovía copiosamente esa tarde cuando comenzaste a tener fuertes contracciones. Como pudimos, entre Kurt, Raimund y yo te llevamos a la sala de atenciones, a unos cuantos kilómetros. Pero al siquiera llegar, el oficial de turno nos dijo, desde la puerta, sin más, que no atendían alemanes. Desde ahí decidimos acudir al dispensario, en la otra punta del pueblo. Varios kilómetros más alejado de donde estábamos. Del otro lado de la lluvia, el barro y de esa aberrante disputa. Hasta que logramos dar con la

partera alemana, que tampoco quería ayudarnos, ni siquiera dejarnos pasar. Hasta que la forma en que sonaron los gritos de Kurt - en un alemán como hacía tiempo no le escuchaba - alarmaron a todos. Incluso nosotros nos asustamos. Y comenzaron a llegar y a rodearnos muchas personas. Mientras mi hijo y yo intentamos contener tus propios gritos, que acusaban ya un gran dolor. Sabíamos que algo no estaba bien. Se acababa el tiempo y no quedaba otro lugar al cual recurrir.

Y entonces ocurrió, como por arte de magia, como un obsequio de la vida, mi bella. De entre las esbeltas y rubias personas, apareció una mujer baja y morena. Te sacó de allí, hablándote en guaraní suavemente al oído. Los seguimos de cerca, Raimund y yo, sin ver que a Kurt lo retenían los alemanes. Nos metimos en la selva hasta que llegamos a una casilla humilde, a la que a mí no me permitieron entrar. Y me quede allí parada, bajo la lluvia. En medio de la picada embarrada. Sola y en silencio. Fue entonces cuando los vi pasar, como en cámara lenta, marchando grotescamente, sin ningún sentido.

Cuando me permitieron entrar, caí de rodillas, pero aun contuve las lágrimas. Y cuando mi nieta nació, tan bella y luminosa como tú, yo estuve ahí. La sostuve en mis brazos y la besé por ti, hija mía. Se la entregué en brazos a mi hijo, y lo abracé por ti, mi bella, mi adorada Arapy.

Cuando nos llegó la noticia de la muerte de Hitler, no nos inmutamos, ¿sabes? En Eldorado seguían sonando diariamente las palabras hiesigen y gringo. En cada esquina sobrevivía el desprecio. Aun entonces permanecemos aislados, resguardando el pequeño tesoro que nos dejaste. Lo mismo meses después, cuando conocimos lo que significaba la bomba atómica. Yo creo que ya nada podía perturbarnos, ni sanarnos, ni empujarnos a su "cordura".

Todavía muchas veces Raimund va a ver cómo está Schwelm, para siempre encontrarlo sentado en su inmenso y abandonado jardín.

Aún con su mirada de visionario, imaginando a su lado el Paraná. Mirando al horizonte. Intentando dilucidar el porvenir, sin llegar a entender el presente.

Ojalá pase pronto este tiempo de estar separadas, Arapy, bella mía. Ojalá pronto pueda abrazarte, a ti, y a mi amado esposo. Y estar por fin en paz. Solo añoraré dejar aquí a mi adorada nieta. Luna, mi única nieta, mi tesoro. La luz de nuestros ojos. Nuestro futuro.

1. 1968 – YRUPÉ

“No tenemos memoria escrita, solo oral.” *

Padre... tu que te desvelas por mí, me gustaría que sepas... tantas cosas... ..antes que nada, que aquí estoy, y me siento... a gusto... Me siento querida. Acompañada... Hace unos días sucedió, tu nieta por fin está aquí... en mis brazos... no puedo dejar de sonreír.

Estabas preocupado, cuando partimos... lo entiendo. Tú me cuidaste todos estos años.... Pero ahora estoy... donde debo estar. Donde quiero estar... no me quedan dudas de ello. ...Eso lo hace más difícil para ti... también lo se... y quizá por eso insisto en traerte a este instante... para que, de algún modo, lo puedas transitar también... Lo puedas vivenciar, como dice Kurarí... acompañarme con esto que siento... con este hermoso sentimiento que me llena... por completo.

Por ejemplo... con Sixto decidimos qué, hasta que los dioses le den su nombre Mbyá, la llamaremos Clara... como mi abuela.... Kurarí dice que está bien, que a los dioses les gusta, les agrada, como a mí. Ella... y su nombre.

Siento que cada detalle, cada aspecto de lo que nos está pasando... fue un obsequio... esa es la palabra que ella usaba... ¿no es así?... Un perfecto obsequio. Yo creo que porque estábamos dispuestos... Sixto y yo... preparados... para lo que nos estaba por suceder.... No lo esperábamos... porque no lo conocíamos. Pero es... definitivamente, lo que buscábamos.

“Ñanderú nos creó en esta Tierra para que disfrutemos y cuidemos la naturaleza. Antes que llegue el pueblo blanco, nosotros éramos millonarios, ricos en naturaleza. Había muchos animales en el monte. No faltaba nada para comer. Teníamos las frutas, el río, los peces, los árboles. Cuando el blanco nos invadió nos quitó las tierras. Durante 500 años nos han violado y maltratado. Ahora quedamos pobres. Pero todavía existimos.” *

Lo primero que hicimos al llegar aquí, fue dar con Kurarí... el opygua, el sabio de la comunidad. Él notó algo cercano, en nosotros, y entonces nos recibió, fue nuestro guía... Nos presentó ante cada familia del tekoá, contando nuestra historia... Nos dio confianza... Nos compartió... el modo de ser Mbyá.

Gracias a él, tuvimos la posibilidad de que nos reciban. Que nos traten como iguales, sin serlo... sin serlo, completamente, quiero decir... es en eso que pensaba cuando observaba los niños que nos rodeaban, que en todo momento permanecían a nuestro alrededor... me imaginaba habiendo estado en su lugar... ellos toda su vida fueron partícipes de todo esto. Constantes protagonistas de todo lo que a mí se me estaba intentando transmitir... en palabras. En estas hermosas palabras, que tanto quiero ahora atesorar... y poder reproducir.

Mi vida... ...fue otra... y recién hoy siento que se encuentra con su origen... Con mi madre, por ejemplo... la que solo conocí a través de las veces que la abuela, o tú, me hablaron de ella... que me relataron lo que pasó... eso que pasó... ...Me gusta decir su nombre, ¿sabes?: Arapy... Me gusta recordar su historia, porque es mi historia también... Y nombrarla: Arapy, mi madre Mbyá guaraní... ...Ella, quién quizá no pudo pronunciar el nombre que me dieron ustedes: Luna... o Jasy, como me dice Sixto desde el primer día... Ella, que no llegó a tenerme

en brazos, como yo si tengo hoy a nuestra Clara, a la que ya nombraré Ñanderú... ella, Arapy, mi madre Mbyá, que quizá no llegó a sostener mi mirada... pero que hoy podrá volver a ver, a través de estos ojos... Y es esto también, lo que me llena el alma.

“Nuestros abuelos nos enseñaron todo. Qué madera se puede cortar, y cual no. En qué río podemos pescar. Y de ahí sacábamos solo lo necesario, sin exprimir la tierra.” *

En el centro del tekoá, en el gran patio central donde habita nuestra comunidad, se alzan dos enormes Aguaribay, estallados de pequeños racimos rojos... te encantaría verlos, sentarte a su sombra... A su alrededor, ya desde el primer día en que llegamos con Sixto, hubo festejos... música y danzas circulares... pequeños rituales. En un costado hay un opy, que es nuestro templo, y junto a él, el fogón de la comunidad... tres troncos largos apuntando hacia un centro de fuego, siempre vivo... es ahí donde nos encontramos, donde todos compartimos... la comida, el mate, el abrigo... lo que nos pasa.

Como dije, Kurarí es el guía espiritual de la comunidad... el viejo sabio, nuestro nexa con los dioses... Con él vivenciamos varias ceremonias frente a ese fogón, donde nos habló largamente... horas enteras, lo escuchamos... aprendimos de él...

Nos habló sobre la creación del mundo y de nuestros antepasados. De las cuatro columnas-vara que sostienen el cielo y los siete planos superiores, donde habitan los dioses. Nos explicó que solo gracias a las hermosas palabras, los Mbyá podemos advertir esos otros planos, interpretar sus señales, que son las que nos permiten revelar el mundo... Solo las personas, a través de la palabra, somos capaces de vislumbrar esto, de conocer y significar todo lo que existe, en la realidad y en los sueños.

Nos repitió nuestra historia, conservada oralmente de generación en generación... medida en ciclos, no en tiempo, y que fue posible gracias a nuestro vínculo estrecho con la naturaleza, de cuidado y protección mutuos, de permanente observación... Atendiendo siempre a la llegada del colibrí o a la presencia de la lechuga. A la ausencia de la luna o al florecimiento del lapacho. A los bríos del fuego, la espiral de los vientos, los caminos del sol... a la permanente variación de las estrellas en el firmamento... todo un lenguaje constituido por los dioses... para mostrarnos... indicarnos como debemos ser.

Nos explicó nuestra esencia Mbyá, que es puramente nuestra espiritualidad... la base de todo lo que fuimos, somos y seremos... esto que está contenido en nuestra alma. Que nuestra conducta debe ser cultivar el amor y la armonía en esa alma. Que nuestra búsqueda debe ser siempre la perfección, es decir el equilibrio, en cuanto a todos estos aspectos que la componen... también como alma colectiva, quiero decir... de los dioses, de la naturaleza y de cada uno de nosotros, en su conjunto.

Todo... todo era desconocido para mí... lo sabes... y aun así lo viví, y lo vivo... como natural... como adecuado. Como parte de lo que soy... y siempre fui. Parte de este mundo al que de nuevo pertenezco.

“Compartimos las cosas. La propiedad es comunitaria. Antes vivíamos solo de la naturaleza. Ahora casi no hay miel, hay que caminar mucho para encontrarla. A veces tenemos que buscar dinero para comprar lo que ya no hay en el monte. Estamos obligados a trabajar para el blanco.” *

También fue Kurarí quién nos transmitió las palabras que le habían dado los dioses para nosotros... Nos enseñó cuál era su voluntad y qué es lo que ellos de nosotros esperaban... nos explicó

nuestras tareas... nuestras responsabilidades, para con el alma que nos estaban por enviar. Fueron unos pocos meses con los que contamos... en los que fuimos asimilando y llevando adelante lo que había que hacer... para que todo sucediera... como debía ser...

Por un lado, cuidar del cuerpo... gestándose en mi vientre, dentro mío... cuidar qué alimentos comía para que esté fuerte... para que sea sano y pueda ser habitado... Después, estar juntos... con Sixto... para que su alma... el alma enviada por los dioses para nuestro hijo... sepa dónde dirigirse, y no se pierda en la selva. Para que logre llegar a habitar el cuerpo que le creamos... y por último, asegurarle el mejor ambiente posible, para que se sienta a gusto y crezca... para que se desarrolle en el modo de ser Mbyá... y no quiera regresar a los cielos.

Sin necesidad de habértelo pedido, sin siquiera explicarlo, sé que hubieras sido el primero en ayudarme, en ver que nada de esto me faltara, nos faltara. ... Pero debes saber, que toda la comunidad se ocupó de que eso sucediera... Cuando la hora estuvo por llegar, se respiraba calidez... fraternidad... una sensación de bienestar común... Estaba sucediendo lo que debía suceder, lo que nos debía suceder... como a un todo. Y cada cual estaba cumpliendo su parte... Los dioses, la naturaleza y la comunidad... nuestro universo entero, estaba equilibrado.

“Queremos gritarle al pueblo blanco, que estamos vivos, que no somos animales. Que somos alguien aquí en la tierra. Tenemos una religión, tenemos valores, y una cultura de años. Gritar para que el mundo entero sepa que lo único que queremos es que nos dejen seguir siendo.... Mbyá guaraní.” *

La luna estaba completamente llena... y había viento.

Era una belleza ver las hojas parpadear... mecerse así, iluminadas, entre remolinos de sombra.

Kurarí nos informó que se había comunicado con los dioses, en sus sueños... y estos le dijeron que ya era el momento, era la noche en que iba a suceder.

Entramos al opy, Sixto, yo y una decena de mujeres de distintas edades, incluso niñas... íbamos a compartir ese momento, a acompañarnos... a aprenderlo juntas.

Desde ahí mis recuerdos se fragmentan, son más bien reflejos de imágenes... tibias sensaciones.

Por ejemplo, recuerdo a Sixto, sentado junto a mí en todo momento... tomado de mi mano.

A Kurarí entrando para decir “Ombo apyka”, mientras extendía a Sixto unas varas de madera... dos varas largas, delgadas, que debía hacer sonar... golpeándolas así... suavemente. “Popygua, se llaman” decía, y debía percutirlos cerca nuestro... cerca de mi panza... para que el alma de nuestro hijo lograra eso, Ombo apyka, habitar el cuerpo... tomar asiento en el...

Desde afuera seguía llegando música. El ritmo de un violín... el resonar de varias takuapú golpeando contra el suelo... las voces de los niños, de las niñas, cantando... felices.

Cuando nuestra hija nació, la mayor de las mujeres, Itapúa, cortó el cordón umbilical, con una caña de tacuara... Luego, puso a nuestra hija en mis brazos y en los de Sixto... y nos miró, en silencio... largamente... a nosotros y a todos los presentes... Después, nos dirigió algunas palabras suaves, mientras con su mano trazaba círculos en el aire, que nos abarcaban... su cabeza no paraba de mecerse, lenta, segura... como afirmando lo que veía.

Después, las demás mujeres y niñas presentes juntaron la placenta y, juntas, la enterraron. Había llegado una nueva integrante de la familia, para erguirse junto a nosotros... una nueva esperanza para fortalecer nuestra comunidad. Para darnos valor... grandeza de corazón... vigor, desde la raíz.

...Ya van dos lunas desde que sucedió... Clara nació, y se unió a nosotros... así, simplemente... Ahora duerme, tranquilamente, a mi lado... silenciosa, y perfecta. Nada parece intranquilizarla, o perturbarla... trajo consigo una paz que día a día nos envuelve y nos deslumbra... nos colma... con su hipnótica serenidad, con su infinita belleza.

“Cuando decimos que la tierra es buena, decimos tierra sin mal. Porque tenemos respeto por la tierra, ella alimenta a nuestros niños. Y en nuestra cultura los niños son sagrados.” *

Miro hacia atrás, y todo cobra sentido. Es... como revivirlo. Nunca salí de este lugar... La tierra es roja en el mundo entero, porque es el único mundo que conozco... No necesito nada más... Te amo infinitamente, bien lo sabes... pero ya no soy la misma... O ya nunca voy a volver atrás, quiero decir...

Nuestras almas hoy comenzaron a escindirse, por más que lleven la misma sangre. ... Esta niña en mis brazos, que es tu nieta, nada tendrá de tu identidad natal.

Mi hija, que hoy llamamos Clara, como tu madre, llevará pronto un nombre Mbyá... Mbyá será su tierra, su cultura, su esencia... Y en ellas logrará hallarse, como lo estoy haciendo yo ahora.

Son apenas ochenta kilómetros de distancia
Que nos separan para siempre.

Son casi ochenta kilómetros de distancia
Y aun así, siempre te sentiré a mi lado.

No puedo dejar de sonreír.

“Que mi espíritu tenga fuerza para poder dar este mensaje” *

*** Todos los textos entre comillas de este capítulo fueron extraídos del documental “Tekoá Arandú, comunidad de sabiduría” (2006)**

1. 1973 - FELIX

En el 73 yo tenía como 4 años, parece. Y te juro que ya no entendía este mundo de mierda. Te lo juro, eh, es así... Mi hermana trataba de bajarme a la realidad, de hacerme reír. Me contaba historias, cosas buenas, de chicos... que se yo. Y tenía un año más que yo solamente. Pero yo, nada. Estaba enroscado nomás, ya ahí, de chiquito. Masticaba bronca, como hice siempre. En silencio, como un imbécil.

Como el pueblo ahora, que votó a este otro Viborita, y después con la que se vino está más callado y triste que canario de departamento. Como que tiene vergüenza digo yo, ¿no?, de bobo, de haberse dejado enjaular otra vez así, por su propia voluntad, entrando a esa trampa tan cantada, ¿se entiende? Si este tipo era otra vez más de lo mismo. La cosa no podía a ser distinto. ¿O me vas a decir qué no?

Yo siempre digo, el problema esencial acá es la educación... Si la gente no tiene buena educación, va a ser ignorante siempre, ¿me entendés? No puede darse cuenta de estas cosas. Y eso es lo que quieren ellos. Y, claramente, es lo que lograron ahora.

A mi el que me gusta es el Cordobazo... Me encanta, leer esa historia. Tosco y toda la movida obrera de esa época. Esa época de efervescencia en todas las fábricas, como dicen los documentales. Magnífica... En ese momento si tenían huevos, no como ahora, que la CGT da lástima mirarla. Y mira que del otro lado estaba la dictadura, hace años, y no era joda, eh, no como la democracia berreta de ahora, que es una maqueta, pedorra y represiva, sí, pero democracia al fin.

Lo que me gusta de Tosco, es que el tipo era integro, inquebrantable. Al tipo le metían palo, lo metían preso, y vos escuchas en youtube sus discursos y te pones a llorar. O en el disco de Jauría, que habla tosco... "porque esa es la dignidad, de los compañeros que están afuera". Se me eriza la piel, te juro. Un laburante que le puso el

hombro a toda la clase trabajadora. Dejó todo, literalmente, se enfermó en la clandestinidad y ya después no tenía cura, no tenía vuelta atrás, pero igual. Hasta el final, en ningún momento dejó de luchar.

Y yo, lo que pienso, es ¿porque se movía toda esa gente? Y la respuesta es otra vez la educación. Tenían acción porque había tenido educación, así de simple. Del 46 al 55 se duplicó la población en las escuelas, que en su mayoría eran del estado. Mas allá de que por esa vía bajaban la propaganda política del generalísimo, los chicos estaban bien, en las escuelas. Eso hay que reconocerlo. Y después del 56, que los milicos le abrieron la puerta a las universidades privadas, y de la iglesia, y que Frondizi se las habilitó; aunque muchos rezongaron, eso al final también le dio aire, a la universidad pública, digo. Porque quieras que no, los oligarcas terminaron dejando lugar para la gente de abajo. Y si a eso le agregas al Che del 59, a Freire de los 60s y al mayo francés... listo, llegas al Cordobazo.

Lo que me pregunto siempre es que hubiera pasado si... que hubiera pasado si Tosco agarraba viaje como candidato a presidente, en el 73 digo. Que pasaba si una vez en la historia había un tipo que velara por los intereses de los trabajadores. Y que digo un tipo, estoy hablando de Tosco! ¿Te imaginas? Tosco presidente. Si hubiera aceptado que le sobraba paño. Si hubiera podido romper el caballo de Troya de Perón. Espiar por el cascaron de esa bolsa de gatos en que se había convertido el peronismo, porque dejémonos de joder, ¿qué quería decir entonces, y todavía, ser peronista?

En junio del 73 fue lo de Ezeiza. En plena primavera Camporista, estalló el verano, como dice crónica. “Luche y vuelve” decían las paredes, de una vereda y de la otra, mientras se miraban de reojo. Y una vez repatriado, el generalísimo, ahora de traje, todavía hablaba de que lo principal era la paz de los argentinos, y que no “toleraría las perversas intenciones de los factores ocultos”, osea El

enemigo, a quien había que “neutralizar por pretender deformar”, escucha, “Deformar” dijo, “desde abajo o dese arriba”, y que eso lo sabían bien los viejos peronistas, como él... Ambiguo, el tipo. Pero cuando, ya presidente, salió al balcón, ni siquiera un año después - el primero de mayo del 74 creo que fue - ya no dijo lo mismo. ...Y todavía, hay gente, que no lo entiende. Piensa que el mismo perón que estaba ahí arriba con Evita y Cámpora en el 51, es el mismo Perón que estaba con Isabel y López Rega en el 74. El balcón puede ser el mismo, pero el entorno y las intenciones no, compañero.

Y perdóname que me ponga así. Pero cuando algo me da bronca me da bronca. Soy mecha corta para eso, ¿me entendés? Y ya me callé demasiado, toda mi vida.

Y también te lo digo así, de frente manteca, como quien dice. Porque yo hoy veo a todo el mundo perder tiempo con el celular o creyéndole a los títeres del noticiero, de los diarios. Y les gritaría “REACCIONÁ!”, la vida está en otro lado loco, loca. ¿No ves todo lo que está pasando ahí afuera, en tu calle? Y me lo digo a mí, primero que nada, eh. Porque yo era así. Hay cosas que tendríamos que tener bien claras todos a esta altura del mundo, clarísimas, y deberíamos estar haciendo algo al respecto, no dando vueltas con lo mismo una y otra vez. Eso es lo que me da bronca... Pero no hay caso, no hay peor ciego que el que no quiere ver.

¿Sabes qué otra cosa pienso siempre que hubiera sido sí? No sé por qué, eh, siempre me vuelve a la mente... pienso en el Che en Chile. Hago las cuentas de cuando Allende empezó su mandato, o antes, fantaseo, cuando empezó la campaña, por él año 70 y cuando al Che lo mataron en Bolivia, en el 67. Son unos pocos años, tres o cuatro nomas. Y pienso, locuras mías, ¿Y si en lugar del forro de Pinochet hubiera estado Ernesto defendiendo a Allende? Que digo a Allende, a todos los chilenos. ¿Te imaginas?...

Vos ya pensas que soy medio zurdo yo, ja. Pero no, no sé que soy, si es que soy algo. En realidad mi viejo si era, estaba metido. Comprometido en realidad, con los pensamientos de izquierda... Se lo llevaron cuando yo tenía 8 años... así que me lo acuerdo, pero hasta por ahí. Mi hermana fue la que me contó después, de sus cosas. Ella le estaba pegada como una garrapata, a todos lados lo seguía... yo no. Me perdí de eso. En esa época yo no quería saber nada con nada. Como casi siempre, ja... Después, de grande, porque ni la escuela terminé, empecé a prestar más atención a estas cosas. A ver documentales como los que haces vos, a leer libros. A saber por dónde venía la mano con todo. Incluso a revisar y poder entender mi propia historia.

Te voy a contar una cosa. Ahora que te digo esto me acuerdo, la anécdota.

En el 73 yo vivía con mi familia en Eldorado, que es en la provincia de misiones. Como te digo, yo tendría cuatro años. Mi viejo era maestro de escuela, y bien zurdo, como te decía. Por eso me acuerdo más de la cosa. Pasó que cuando vio en la tele el bombardeo a la moneda, se puso blanco, un papel era. Fueron días difíciles, de seguir día a día lo que pasaba en Santiago. En realidad siempre estaba en contacto con la realidad de Chile, con las trabas que le estaban poniendo a Allende, con el desabastecimiento inducido, las noticias falsas – que existieron siempre – la tradicional embestida del poder económico contra los intereses de los pueblos, bah. Pero un golpe de esa envergadura, yo creo que no se lo vio venir. Quizá pensó que no serían capaces de tanto, o por lo menos que las fuerzas de la UP podrían evitarlo, no sé. Pero no fue así, y se quedó duro, con la noticia.

Yo creo que hasta se enfermó, de tanto que le preguntaron si le pasaba algo. Parecía haber sido solo él el que había escuchado las noticias. No recuerdo a otra persona preocupada por lo que había pasado. ¿Acaso son normales los golpes de estado? Incluso yo sentía -

me acuerdo que sentía - pobre, lo que le pasó a mi papá, le bombardearon Chile.

Viste que dicen, pueblo chico infierno grande. Bueno, este no era el caso, yo que sé... La gente termina aceptando, supongo, las razones que le dan, y se contiene, ¿me entendés? Se conforma de alguna manera, etiqueta lo que pasa, con lo que le dicen que pasa, más bien, y sigue adelante con sus cosas. Con su vida, tratando de no cuestionarse demasiado. Y sobre todo, cuando las cosas están pasando tan lejos, incluso del otro lado de la cordillera. ¿No?

Cuestión, a lo que voy, no pasaron ni dos meses, que la cosa se puso fea acá cerquita, también. Porque el ambiente estaba enrarecido, sí, Cámpora, Ezeiza y Perón que todavía no se sacaba la careta de los no extremos. Y los diarios que tiraban titulares gigantes sobre cosas graves, verdaderamente graves que estaban pasando. Pero todo eso parecía pasar allá, lejos, lo mismo que si fuera Chile, pero en Buenos Aires, que para el caso de Eldorado era la misma cosa. Hasta que pasó ahí, a 100 kilómetros nomás.

Me acuerdo como si fuera hoy, la voz grave del locutor en la radio acercándose. La traía en la mano mi viejo, mientras subía el volumen. Yo estaba en el piso, jugando, calculo, y en la mesa estaban mi hermana y mi vieja. Él puso la radio en el medio y se sentaron los tres, hipnotizados la miraban, como en shock. Se había matado el gobernador de la provincia, y el vice, con esposas y todo, en un accidente aéreo.

Irrazábal y Ayrault, se llamaban. No es que me acuerde de ahí, me acuerdo de muchos años después, que vi una nota en internet. El tipo era Peronista, como no podía ser de otra manera en esa época. Pero el vice era medio radical, y la cosa funcionaba. Y parece que estaban volcados a la izquierda, o por lo menos tenían un pensamiento social de la política, es decir del peronismo del 51, no sé. Por lo que llegué a entender de la nota, eran campechanos, buenos tipos. Y

supongo que esa era razón suficiente, para que no los quieran. Los otros peronistas, digo, los nuevos peronistas. Lopez Rega a la cabeza.

Y el pueblo, la provincia entera estalló pidiendo justicia, vos dirás... rotundo silencio.

Es el día de hoy que no saben que pasó.

Y la cosa era esta, y con esto te termino la historia, que se te va a acabar la cinta, o la memoria, no sé. Al otro día o a los días, porque entraron a machete en la selva, encontraron a un sobreviviente. Una sobreviviente, mejor dicho, la hija menor del gobernador. La chica se había salvado de milagro, aunque con quemaduras graves, se había quedado toda la noche al lado de la avioneta estrellada. Una locura.

La llevaron ahí, a Eldorado y después la trasladaron a Posadas. Mi viejo seguía atento esa historia, me acuerdo que comentaba cada vez que decían algo en el diario o en la radio. El estaba seguro que no había sido un accidente. Ya después de lo de Allende no se dejaba sorprender por nada. Y la chica venía bien, venía mejorando, decían, hasta que, un día, como dos meses después, se murió. Así, sin explicación. Bah, por las quemaduras, decían. Nada más.

Cuando leí una de las notas hace unos años, decía que jamás le habían realizado autopsia, y que el cuerpo se había entregado con firmas falsas. Que no se había peritado el avión ni si quiera.

Pero en ese momento, nada. Títulos, burocracia, dudas: Ambiente enrarecido. Enrarecido mis bolas, debía decir mi viejo, ¿me entendés? Se caía de maduro. Pero de nuevo, en el barrio, en el pueblo chico, parecía como si tal cosa. Seguían hablando de sus vidas cotidianas, como si nada estuviera pasando, o como si lo que estaba pasando no les incumbiera en lo más mínimo.

Y me acuerdo esta conversación, que calculo que debe ser de esa época, entre mis viejos. El estaba saliendo y se quedó mirando para afuera, donde yo estaba jugando, ahí al lado de sus pies. Mi mamá venía atrás, lo alcanzó y se quedó mirando lo que miraba el,

como tratando de adivinar en que pensaba, digo yo, no? Hasta que ella le dijo:

- Me preocupa, tan manso, tan callado.
- ¿Hablas del niño o del pueblo?

Es como te digo. La gente está anestesiada, y el mundo es una aplanadora, lleno de voluntarios para manejarla.

Y yo me callé demasiado, toda mi vida. Por eso te digo todo esto ahora. Aunque me salga todo mezclado, aunque no sea La verdad, que se yo. Es lo que siento yo, ¿no?, lo que me quedó, después de tanto descifrar falsos discursos, de esquivar tanta bajada de línea, de tanta perorata y humo. Es mi verdad. Lo que yo sé, o la sensación que me quedó de todo lo que recuerdo, más bien. Y, por eso, no me lo callo más. Ya estoy grande pa'eso, y me pasaron muchas cosas, en la vida...

Bibliografía

Sara Saenz Cavia - El escultor de América.

Carlos A. Foglia - El escultor de Eurindia

Carlos Castells - El Partido Comunista Paraguayo

Humberto Rosales -Historia del partido comunista paraguayo

Ronald León - ¿Cuál fue el carácter del gobierno de Rafael Franco?

Marisa Micolis - ELDORADO Y SU HISTORIA

Alfonsina Cantore - Abriendo preguntas

Noelia Enriz - TOMAR ASIENTO

León Cadogan - Ayvu Rapyta

Ricardo Rojas - Eurindia

Filmografía

Fernando Nogueira – Tekoa Arandú.





La felicidad no consiste en poseer sino en dar.
Yo me siento feliz cuando veo que otros lo son, por mi esfuerzo.

___ **Benito Quinquela Martín**

YRUPÉ

ein belastbarer baum

1912	LUIS	5
1937	SIXTO	13
1944	LUNA	21
1968	YRUPE	30
1973	FELIX	38



**GUILLERMO
GUGLIOTTI**
TOMO I DE VIII